

ROBERTO ESPOSITO, *Categorías de lo impolítico*, Editorial Katz, Buenos Aires, 2006. 329 páginas.

Roberto Esposito es profesor de Historia de las Doctrinas Políticas en el *Istituto Italiano di Scienze Umane*, codirector de la revista *Filosofía Política* y cofundador del Centro para la Investigación del Léxico Político Europeo. Es uno de los autores italianos más importantes en el campo de la reflexión sobre el origen de la política y la idea de comunidad. Autor, entre otras obras, de *Comunitas: origen y destino de la comunidad*; *Inmunitas: protección y negación de la vida*; *Vico e Rousseau e il moderno stato borghese*.

*Categorías de lo impolítico* fue publicada originariamente en Italia en el año 1988; la edición que reseñamos es una traducción en castellano de la revisión hecha en 1999. Si se nos pidiese que adjetivásemos con una sola palabra esta obra, sin duda el adjetivo adecuado sería sugerente. Sugerente resulta un título que no podemos evitar que nos llene de intriga al leer en él un término como *impolítico*. Impolítico es salirse hacia los bordes de la política para poder circunscribirla en su ámbito. No para reducirla sino para reivindicarla como algo específico, diferenciable y concreto. Para devolver la política “al corazón mismo de lo político” (p. 14). Por ello lo impolítico sale a los márgenes de la política para poder pensar sobre ella desde fuera. Es evitar que los árboles nos impidan ver el bosque. Lo impolítico es salirse del bosque para poder ver el propio bosque y reivindicarlo como tal.

Podría parecer que para salirse de la política debemos saber de qué nos salimos, es decir, necesitaríamos una definición previa de política. No encontraremos tal cosa

en el libro de Esposito, por lo menos no una definición academicista que pretenda sentar cátedra. Antes bien encontraremos una definición difusa que se va dibujando al recorrer los bordes de la política. Así, la política no es definida, sino sugerida, y de este modo, el pensador italiano nos sugiere aquí *otra* política posible.

Como escribía líneas más arriba, la palabra sugerente marca todo el libro, página a página. No es este un libro de pensamientos, es un libro para pensar. Nuestro autor no desarrolla una obra clásica en la cual exponga unos axiomas básicos y desarrolle un hilo argumental de forma sistemática en el cual explicita su pensamiento. La obra de Esposito es una constante contraposición de autores de carácter hermenéutica. Muestra a la luz las ideas de unos y otros. Ideas que acaricia y retuerce, que interpreta en sus distintas formas. Ideas que contraponen o que ayunta haciéndolas confluir. De esta manera guía al lector por la senda del pensamiento. Hannah Arendt, Simone Weil, George Bataille, Hermann Broch, Eric Voegelin, Carl Schmitt o Romano Guardini entre otros, desfilan a lo largo de esta obra.

Un obra que no juzga sino que expone. Pero no es una exposición inocente, probablemente ninguna exposición lo sea. Tiene una clara finalidad, sugerir ideas, hacer reflexionar al lector y que éste saque sus propias conclusiones. No es, desde luego, un libro destinado a ser leído apresuradamente y olvidado en la estantería. Es un libro complejo, tanto como lo sea el pensamiento del lector en torno a la política. Por ello ha de ser leído despacio, medítandolo y reposándolo al final de cada capítulo

lo. Es un libro que regresará a nuestra memoria cada vez que nos asalte la preocupación por la política, que deberá ser recuperado de la estantería para volver a ser leído y releído a medida que cambie nuestra visión sobre ella. Los temas que trata son inagotables por su carácter básico: la relación entre el bien y la política, la representación, la decisión, en suma, los componentes esenciales de la política.

La política es un todo y sus partes no pueden aislarse unas de otras, de ello nos damos cuenta al leer esta obra. Se estructura en cinco capítulos que tratan diferentes temas, pero no podemos hacer una separación estricta entre los mismos. Los temas se desarrollan y entremezclan a lo largo de la obra, pues al fin y al cabo son partes de ese *todo* político.

Abre el primer capítulo titulado “En los confines de lo impolítico” la discusión sobre la política como capacidad de tomar decisiones, y la reivindicación de esa capacidad como piedra de toque en la reflexión de un concepto central de la reflexión filosófico-política: la soberanía. Esta cuestión puede tratarse desde una visión secular como la de Schmitt o desde una visión teológica como la de Guardini, para quien la decisión, el ejercicio de la política, llega a ser considerada como un deber hacia Dios. La soberanía nos lleva de manera necesaria al asunto de la representación. Pues teniendo o no la soberanía origen teológico, lo cierto es que es ejercida por los seres humanos, o mejor dicho de una forma que pretende ser unánime por una comunidad de seres humanos. Esa comunidad ha de ser representada de alguna manera. Mientras para Schmitt la representación vendrá en buena medida determinada por la técnica, para Guardini la

representación ideal es la católica, que se fundamenta en una representación unitaria de los hombres frente a un poder divino. Es decir, contraponen dos planos existenciales que difuminan las diferencias inmanentes. Para Guardini la diferencia Dios-hombre es salvada mediante la representación de Dios en la tierra por el sacerdocio, que a su vez media entre el hombre y Dios.

Este debate nos lleva al segundo capítulo, “Irrepresentable polis”, en el que, como su título indica, prosigue el tema de la representación. Se abre señalando la importancia de la *idea*. De la diferencia entre poder y autoridad en la representación. La *idea* supone la legitimación filosófica de la representación, es decir, lo que proporciona la autoridad a la representación. Para el autor es necesario un fundamento ideal, filosófico, trascendente incluso, en la representación. Fundamento que para Guardini se encuentra en la *idea* de Dios y la distancia insalvable entre este y el hombre, y que, según Voegelin, en Schmitt no existe, dada su fundamentación inmanente de la representación. A continuación pasa el autor a hacerse eco del debate entre Voegelin y Arendt surgido a raíz de la crítica del primero a la obra *Los orígenes del totalitarismo* concluyendo que se reduce, en esencia, a una diferencia semántica en la *idea* de representación. La relación entre representación y voluntad protagoniza el resto del capítulo, para concluir con Arendt en la necesidad de la recuperación del juicio ante la insalvable contradicción entre voluntad y representación.

Este dilema introduce en el debate a Brosch para quien toda reflexión sobre la Política ha de partir de una concepción antropológica pues “toda política parte del hombre porque toda política es ejercida

por el hombre, para el hombre y a menudo contra el hombre” (p. 148). La visión antropológica de Broch no es del todo positiva. Para él, el hombre posee un deseo de libertad que hace que intente conseguirla mediante la esclavitud de los demás. Por ello ha de reprimirse ese deseo. Se debe construir una ética basada no el deber sino en el “no debes”. Una ética de prohibiciones sustentada desde la ley del estado. Para él, aun así, el poder es incapaz de transformar el mal en bien.

Espósito continúa repasando a Elias Canetti, quien sostiene que el poder no es separable del sujeto; esto implica que el poder es algo propio del hombre. Lo contrario es el no poder, aspecto al que le da la mayor importancia. Para Canetti la mayor demostración de potencia es precisamente el desear la impotencia, es decir, poder querer no poder. No se puede cambiar la naturaleza humana, a pesar de que la creencia de una naturaleza humana en constante mejora está bastante extendida. A este respecto Weil entra en el debate de mano de la idolatría, pues para ella idolatría es creer en el necesario progreso de la sociedad humana, una creencia que se basa en la necesidad humana de creer en algo. Por ello para Weil la idolatría esta presente en nuestra vida y en nuestras reli-

giones siendo idólatras todas aquellas que no acepten la renuncia a un Dios omnipotente que intervenga en la tierra. Es decir aquellas religiones teístas.

El último capítulo, “La comunidad de la muerte”, protagonizado por Bataille, es una reflexión sobre aspectos básicos en la reflexión política. La inexistencia del bien que aun así debe de ser perseguido, el fin de la historia, la necesidad de representar la irrepresentable comunidad o la relación inmanencia- trascendencia. En definitiva capítulo complejo y de perenne actualidad.

Así pues es una obra que desde el primer momento intenta abrir los ojos del lector a una realidad existente desde siempre pero, no obstante, nueva, porque pocas veces nos paramos a reflexionar de forma tan profunda sobre la Política con mayúsculas. Un libro que nos hace viajar por la metafísica de la Política, que nos lleva hasta su carácter ontológico y nos hace cuestionarnos sus fundamentos. Más en una época como la actual, cuando una endiosada técnica limita la visión de la Política a reformas de ingeniería de la política ya existente. Este es un texto que todo aquel que este interesado por la Política no se arrepentirá de leer.

RAÚL SERRANO VINDEL